



Las áreas de montaña

Sembrando un desarrollo con futuro

Elvira Sanz Tolosana ▶
elvirasanztolosana@
gmail.com
Universidad Pública de
Navarra

La puesta en valor de lo rural, y más concretamente de la montaña, responde fundamentalmente a dos amplios procesos: la implantación de la configuración ideológica posmoderna (que introduce el principio del *desarrollo sostenible*) y la percepción del riesgo global en las sociedades industriales avanzadas (que introduce la tesis de la *sociedad del riesgo*).

En relación al primero de esos dos procesos, cabe señalar que la generalización de los llamados valores posmodernos es producto o fruto de la crisis del modelo occidental de desarrollo y casi todos los autores coinciden en la necesidad de buscar un desarrollo sostenible que forme parte de ese proceso más amplio de “problematización global de la relación entre naturaleza y sociedad” (frase recogida del trabajo de Escobar “Dinero, desarrollo y ecología. El desarrollo sostenible: diálogo de discursos” publicado en 1995 en la revista *Icaria* nº 9, pp. 8-25).

Como es conocido, el fuerte crecimiento económico experimentado por los países occidentales tras la Segunda Guerra Mundial se hizo posible gracias, en parte, a la supeditación de las zonas rurales a un modelo de desarrollo basado fundamentalmente en la expansión industrial y en el crecimiento de las áreas urbanas y metropolitanas. Las zonas rurales, eminentemente agrí-

colas, fueron las encargadas de suministrar mano de obra abundante y alimentos baratos, lo que condujo al éxodo rural, así como a la transformación productiva de las explotaciones agrícolas (mecanización, utilización de elementos químicos, etc.). Esta transformación de la agricultura se programó, potenció y financió desde el Estado con unas políticas agrarias que identificaban crecimiento agrícola con desarrollo rural y fomentaban la extensión de la lógica capitalista. El desarrollo se identificaba con la expansión industrial y el crecimiento de las ciudades, y a las zonas rurales se les asignaba exclusivamente la producción agrícola. Las políticas agrarias imperantes en los países europeos en general y en la UE en particular durante el periodo 1950-1985 tuvieron como principal objetivo aumentar la productividad, persiguiendo la recolección de la máxima cantidad de productos agrícolas y ganaderos. De ahí la idea de que cuanto más mejor y del convencimiento de que el crecimiento cuantitativo acaba siempre en un desarrollo cualitativo de la sociedad. Sin embargo, estas políticas agrarias generaron a largo plazo consecuencias negativas en el medio rural (despoblación, desvertebración de la sociedad rural, desmantelamiento de equipamientos y servicios, diferenciación socioeconómica, etc.), y no solamente sociales, sino eco-

▼
Las comunidades de montaña han desarrollado unas formas de explotación y aprovechamiento del medio extremadamente respetuosas con la naturaleza dando lugar a un sistema organizativo que sólo tiene sentido si el hombre está presente en ellas con su trabajo

lógicas y culturales (contaminación de aguas y suelos por el uso abusivo de pesticidas y abonos, destrucción de ecosistemas, erosión de suelos, pérdida de conocimientos sobre gestión de recursos naturales y paisajes; eliminación de valores y culturas tradicionales, etc.). Es en este sentido donde puede verse la materialización de la crisis del modelo intensivo de desarrollo agrario, surgiendo consignas y proclamas de inspiración ambientalista, la emergencia de movimientos ecologistas, la aparición de productores y consumidores verdes, etc., todos ellos impregnados en los llamados *valores posmaterialistas*, unos valores que dan especial importancia a aspectos circunscritos al ámbito de la calidad de vida. En ese contexto surge un nuevo marco de referencia, que deslegitima el anterior modelo productivista y que apuesta por la sustentabilidad, identificándose lo rural como sinónimo de salud, calidad de vida e identidad. Se abre así una etapa (a mediados y finales de los años ochenta) en la que las nuevas políticas agrarias se orientan hacia el principio de la multifuncionalidad, tanto en su componente productivo y económico como en la preservación y gestión del territorio.

En lo que se refiere al segundo, los procesos a los que me referí inicialmente (la idea del riesgo global), cabe afirmar que la humanidad se ve obligada hoy a afrontar por vez primera en la historia lo que parece ser una amenaza de escala planetaria (la crisis ecológica). A la luz de esta crisis global, los modelos intensivos de desarrollo agrícola son percibidos como uno de sus aceleradores más notables, visualizándose, entre otros aspectos, en la contaminación generalizada, la destrucción masiva de bosques, el avance de la desertificación, etc. En ese escenario, las zonas de montaña se presentan como los espacios más vulnerables ante el cambio climático. Las montañas europeas son consideradas espacios de vital importancia para la población, siendo definidas como principales suministradoras de agua y energía hidráulica y como centros de diversidad biológica y cultural. Se les representa como espacios naturales frágiles, delicados y, por tanto, en peligro.

Los valores posmodernos, junto a la percepción del riesgo a nivel global, propiciarán la expansión de valores ambientalistas, modificando las estrategias de los diferentes actores sociales que protagonizan las dinámicas económicas y sociales en los espacios naturales. Como contraparte a este panorama de incertidumbre, se apea a las llamadas culturas tradicionales (representantes de todo un conjunto de civilizaciones alternativas o premodernas que aún dominan

buena parte de los espacios rurales del planeta) para que jueguen un papel clave en la mitigación de los efectos de la crisis global y en la búsqueda de soluciones alternativas.

Equilibrio con la naturaleza y desarrollo rural

Las comunidades de montaña han desarrollado unas formas de explotación y aprovechamiento del medio extremadamente respetuosas con la naturaleza dando lugar a un sistema organizativo que sólo tiene sentido si el hombre está presente en ellas con su trabajo. Estas comunidades son poseedoras de cosmovisiones y formas de organización social y productiva más cercanas a lo que se ha visualizado como un manejo ecológicamente adecuado de la naturaleza. Es por este motivo que se recupera su importancia en el actual contexto de crisis global, convirtiéndose en un elemento clave del nuevo sistema de referencia del desarrollo rural.

Este cambio de valores sociales y culturales conlleva una progresiva evolución del perfil económico-productivo de las zonas de montaña hacia una creciente y, en algunos casos, acusada terciarización, que ha supuesto una nueva forma de creación de empleo y generación de rentas, contribuyendo a revalorizar la propia imagen de la montaña. El relanzamiento socioeconómico de las zonas de montaña se ha basado en dos grandes ejes o estrategias: el desarrollo turístico y la producción de calidad. Surge en el imaginario colectivo un espacio nuevo, bello, puro, auténtico, donde uno puede encontrarse a sí mismo en contacto con la madre naturaleza. La revalorización de la montaña como un espacio de recreo, descanso y lugar de escape del estrés urbano consolida su atracción turística. Lo que anteriormente se consideraba un espacio inhóspito y carente de atractivo, hoy es reformulado como ámbito privilegiado para el ocio, el deporte y esparcimiento. La asentada y creciente *ideología clorofila* (expresión afortunada del sociólogo Mario Gaviria) ejerce de factor explicativo de la llegada de numerosos turistas ansiosos de observar la montaña y contactar con la abundancia de agua, bosques y fauna como referente máspreciado. Un desarrollo turístico que ha contribuido simultáneamente a revalorizar la imagen de la montaña.

Asimismo, la marginalidad y el olvido de la montaña en las anteriores directrices y proyectos de desarrollo, y la consiguiente escasa o nula atención dedicada a estas zonas, han reforzado la imagen de espacios vírgenes y llenos de autenticidad.



Un lugar que ha “escapado” de la lógica desarrollista (grandes industrias, urbanización, autopistas, ruido, contaminación, etc.) y que ha logrado conservar su esencia cultural e identitaria. La ciudad, que absorbió a la población rural, invade hoy los espacios rurales con lógicas no productivas, dando lugar a una nueva fisonomía y un nuevo paisaje. Los usos y actividades en las zonas de montaña son distintos de épocas pasadas y reveladores de nuevas significaciones: de un espacio a explotar ha pasado a ser un espacio lúdico y de recreo. Esta es una revalorización de las zonas de montaña que atrae, además, a una población flotante que reside en la ciudad y que vuelve al pueblo en busca de naturaleza, comunidad e identidad.

En síntesis, la antigua representación de la montaña como un espacio remoto, lejano e inhóspito deja paso hoy a una imagen de espacio identitario, de ocio y de deseo. Se produce, en definitiva, un cambio ideológico y cultural fundamental, basado en dos ejes principales: la puesta en valor de la montaña como calidad de vida y como referente identitario.

Calidad y multifuncionalidad en las áreas de montaña

Hasta aquí hemos descrito a grandes rasgos los procesos que configuran el marco bajo el cual es preciso acometer cualquier análisis de las áreas de montaña. A continuación haremos una breve exploración de los actuales sistemas de agricultura de montaña en base a dos elementos fundamentales para el futuro de estas zonas: los productos de calidad y la multifuncionalidad.

Las zonas de montaña en la UE poseen una problemática común (declive económico, despoblamiento, marginación, difícil acceso, etc.) como consecuencia de las limitaciones geográficas, climáticas y de infraestructura que su situación aca-

rea. Las zonas de montaña se diferencian sobre todo por sus características geofísicas: altitud y pendiente. A causa de sus condiciones geográficas tan acusadas, las regiones montañosas tienen que hacer frente a desventajas económicas en numerosos campos de actividad. En este sentido, la Comisión Europea admitió ya en los años 70 la existencia de los hándicaps naturales que limitan el potencial de desarrollo de estas zonas, planteando la necesidad de que se tuvieran debidamente en cuenta en la política europea de cohesión, reconociendo sus deficiencias estructurales y valorizando sus específicas potencialidades. Se considera, por tanto, que el impacto negativo de la orografía y el clima son decisivos en el desarrollo de las zonas de montaña, de tal modo que la actividad económica se restringe allí donde el terreno es realmente accidentado y las pendientes pronunciadas. En agricultura, por ejemplo, es innegable que la productividad será siempre menos alta que en una llanura si se emplean sistemas agrícolas motorizados. También existen costes adicionales en otros sectores de la economía debido al aislamiento y a la falta de infraestructuras o de servicios públicos. Además, la dificultad del terreno significa que el coste de construir y mantener la infraestructura de transporte es significativamente mayor que en el llano, y que los costes son a menudo incrementados por la necesidad de dotar a estas zonas de sistemas de protección contra las inclemencias naturales, como las avalanchas o desprendimientos de tierras. En este sentido, es un hecho la deficiente accesibilidad a los valles de montaña.

En general, las áreas de montaña son zonas desfavorecidas con un nivel bajo de desarrollo económico, donde la actividad fundamental, aunque no mayoritaria, es la agricultura y ganadería, que depende de los recursos del medio natural, al tiempo que esta actividad es primordial para la conservación, recuperación y mantenimiento del medio ambiente en estas zonas. Por ello, la política europea creó la figura de las “indemnizaciones compensatorias de montaña”, como reconocimiento a la singularidad de estas áreas.

Un territorio de “calidad”

Los recursos agropecuarios han constituido, y lo siguen haciendo, aunque en menor medida, la base en torno a la cual se articula la vida económica de las zonas de montaña, pero actualmente con un sentido muy distinto. El apoyo a la agricultura y la ganadería viene determinado por la necesidad de mantener el equilibrio territorial en estas zonas, en el sentido de mantener y proteger sus paisajes

▼
Una producción agropecuaria extensiva (sobre la base de variedades y razas autóctonas), integrada y ecológica no sólo disminuye el impacto de la actividad humana sobre el medio, sino que es susceptible de mejorar sustancialmente los precios percibidos por el productor

y ecosistemas naturales. Se prioriza el valor ecológico de los paisajes sobre la productividad. En este sentido, se ha constatado ampliamente (como ya hemos comentado) que la montaña no puede competir con los productos del llano. Bajo esta premisa, se incentiva la producción de calidad en base a los saberes locales, protegidos bajo una denominación de origen o marca de calidad, que garantiza su venta y distribución a un precio más elevado. Mientras la globalización actual conlleva especializaciones regionales y desarrollos sectoriales, los territorios de montaña han sabido, en general, preservar su diversidad, su carácter multifuncional y sus identidades locales.

Las áreas de montaña constituyen una verdadera reserva de la diversidad medioambiental y cultural europea. Son zonas con numerosas producciones de pequeños volúmenes, reflejo de modos típicos de producción, que además son específicos de esos territorios. Este *know-how* (saber-hacer) constituye su principal potencial frente a la estandarización y uniformización actuales, así como frente a la inseguridad en el consumo alimentario. En este sentido, la promoción de los productos, servicios y territorios de “calidad” conforman una apuesta firme a favor de las áreas de montaña por parte de la política impulsada por la Comisión Europea, y significan el reconocimiento de las externalidades positivas de la agricultura de montaña (mantenimiento de los paisajes, servicios, atractivo turístico, etc.). Es una política basada en la concesión de ayudas para la transformación y comercialización de los productos, demandando una agricultura de calidad e identidad (queso de Roncal o de Idiazábal, etc.). En esa política la conservación de los paisajes y el medio ambiente se elevan como objetivos prioritarios, no sólo como elemento aislado, sino como parte fundamental o tarjeta de presentación de los territorios. La imagen de calidad proyectada sobre este producto es valorada y apreciada por los consumidores, lo que permite la obtención de un valor añadido frente a otros productos. Atributos como calidad, tradición, autenticidad, saber-hacer, salud o respeto de medio ambiente son aplicados a estos productos, que, además, son favorecidos por las instituciones europeas, nacionales y locales a través de figuras como la denominación de origen. Compramos tradición y el sabor de una tierra. Los atributos del territorio se transfieren al producto. Realmente, la carga simbólica prima sobre las cualidades materiales del producto y es ese significado el objeto de la compra. De hecho, estos productos acaban convirtiéndose en un recurso turístico de primer orden.

La producción agrícola, forestal y ganadera deberá enfocarse de forma cada vez más integrada con el medio ambiente y con el paisaje, que, no lo olvidemos, es el fruto de siglos de actividad humana. Una producción agropecuaria extensiva (sobre la base de variedades y razas autóctonas), integrada y ecológica no sólo disminuye el impacto de la actividad humana sobre el medio, sino que es susceptible de mejorar sustancialmente los precios percibidos por el productor a través de mejoras en la comercialización y de la apuesta por la calidad. Además de añadir valor a los productos procedentes de la montaña, la supervivencia de estas comunidades también depende del reconocimiento de las externalidades positivas que estas regiones ofrecen al resto del mundo. Las montañas constituyen depósitos de recursos naturales, de agua y aire para toda la sociedad. Las prácticas agrícolas que se llevan a cabo en las montañas respetan el medio ambiente y la naturaleza, y contribuyen a la lucha contra catástrofes naturales, tales como la erosión, las avalanchas, los deslizamientos de tierra, incendios, etc. No obstante, estas externalidades positivas de las zonas de montaña y de la agricultura de montaña se tienen en cuenta de una forma muy limitada y muchas de ellas no tienen un precio de mercado. Simplemente no se pueden medir de una manera fiable, y sin embargo si no son reconocidas y compensadas, la incertidumbre que planea a menudo sobre estas zonas no se logrará disipar y toda esta configuración no se materializará de forma plena. Sólo entonces con su desaparición serán evidentes estas externalidades positivas de las áreas de montaña. Por tanto, la agricultura de montaña debería gozar del merecido reconocimiento por la producción de estas externalidades y como la única base sobre la que se pueden construir otras actividades económicas en los territorios de montaña y construir de este modo un futuro más atractivo.

Espacio multifuncional

El espacio rural no es sinónimo de espacio agrario, a pesar de que durante siglos espacio agrario y espacio rural fueron términos semejantes. Las actividades agrícolas y ganaderas eran predominantes en el campo; los modos y estilos de vida de los agricultores diferían de los modos de vida de los ciudadanos, y los paisajes reflejaban la ordenación del campo por los agricultores.

Sin embargo, hoy el espacio agrario se ha convertido en espacio rural. Las relaciones entre la sociedad y la naturaleza se han transfor-

mado profundamente. Mientras la agricultura y la silvicultura son percibidas a menudo como vitales para las economías locales y la identidad cultural, el empleo en otros sectores es mayor, a excepción de un pequeño número de municipios. Los campos han dejado de ser espacios monofuncionales, dominados de manera absoluta por los aprovechamientos agrícolas y ganaderos, para convertirse en espacios multifuncionales, en espacios diversificados, dinámicos y en permanente mutación, donde se mezclan los usos del suelo (agrarios, urbanos, etc.). Por espacio rural multifuncional se entiende “aquel que genera renta y empleo; que protege el medio ambiente, la naturaleza y el paisaje; que favorece la gestión equilibrada del territorio; que garantiza la pervivencia de las comunidades rurales y que contribuye a mantener una cultura y una forma de vida que le son propios” (definición recogida de la ponencia presentada por J. Retegui en el Congreso Internacional sobre Comercio y Desarrollo Rural, celebrado en 1998).

La multifuncionalidad de la agricultura es el hecho de que, aparte de la producción de bienes agrícolas y agroalimentarios, la actividad agrícola desempeña otras funciones. El 44% del territorio europeo está ocupado por tierras agrícolas, a las que se deben añadir los demás espacios de los que se ocupan los agricultores del mundo rural (superficies boscosas, espacios naturales, construcciones e infraestructuras). Por tanto, estos últimos, junto con los demás activos rurales, gestionan más de la mitad del territorio europeo. El vínculo entre agricultura, ruralismo y territorio es, por tanto, evidente, al igual que las funciones no mercantiles de la agricultura. Así, en la Unión Europea, la agricultura contribuye a la conservación, el mantenimiento y la valorización de los paisajes. También contribuye a la protección del medio ambiente, juega un papel en el desarrollo de las zonas rurales, en particular de las zonas de la Unión Europea donde la actividad agraria sigue siendo una de las bases de la economía local. En definitiva, la agricultura desempeña un papel esencial en la ordenación del territorio y en la preservación de bienes y tradiciones culturales, lo que ha sido recogido en el reglamento de desarrollo rural que crea el fondo Feader.

Conclusiones

La revalorización de la montaña ha supuesto una nueva vitalidad social, económica, política y cul-

tural para las comunidades locales, generando una potencialidad y unos procesos impensables hasta hace pocos años. Los valles de montaña han pasado a un primer plano o a ser portada en los medios de comunicación, en las agencias de turismo, aportando elementos fundamentales para la configuración identitaria regional y nacional. Muchas de estas regiones han pasado del olvido a ser iconos de una región: naturales, culturales e identitarios. Una puesta en valor que se refleja también en el orgullo mostrado por la población local ante su procedencia.

En este sentido, la conservación del medio ambiente es la clave que sustenta no sólo las representaciones sociales generadas a partir de estos nuevos valores, sino todo el entramado económico y social de las comunidades de montaña. Los productos agropecuarios, el turismo, los servicios y la construcción necesitan de un territorio de “calidad” cuyo recurso por excelencia, o motor de la economía local, es la naturaleza. No se trata de un mero discurso político o, mejor dicho, de un discurso ecologista, pues numerosos ejemplos demuestran su rentabilidad. Como hemos visto, la interdependencia presenta numerosas conexiones e interrelaciones existentes entre los diferentes sectores económicos locales y a su vez conectados con el sistema económico global. La diversificación económica propicia un desarrollo interrelacionado y simultáneo de las distintas actividades con un efecto multiplicador que, a su vez, añade más complejidad al entramado social local.

Para hacer frente a las desventajas estructurales propias de estas zonas, es fundamental la máxima utilización de las sinergias con otras esferas económicas y sociales. Así, la aplicación del carácter multifuncional de la agricultura en las zonas de montaña conlleva beneficios para diferentes esferas secundarias: el medio ambiente, el paisaje, el turismo, la industria y la vida social en los pueblos. Además, reduce la migración rural-urbana al ofrecer nuevas alternativas. En este sentido, la agricultura juega un importante papel en el proceso hacia la sostenibilidad en las áreas rurales. Actualmente, los desafíos relacionados con estas múltiples funciones dependen del diseño concreto, efectivo y gradual de un marco apropiado de las políticas y programas a niveles local, nacional e internacional. Un espacio que ya no es monofuncional, y cuya revalorización desemboca en una variedad de propuestas de uso y consumo: residenciales, medioambientales, productivas y turísticas. Nuevas oportunidades y nuevos desafíos para la montaña. ■

▼
La aplicación del carácter multifuncional de la agricultura en las zonas de montaña conlleva beneficios para diferentes esferas secundarias: el medio ambiente, el paisaje, el turismo, la industria y la vida social en los pueblos